

MI BEMOL

Pensándolo bien, ahora que ha pasado el tiempo, Melissa pudo haber sido una buena compañera para Lázaro. Los amigos no nos dimos cuenta entonces porque veíamos las cosas muy de cerca y, sobre todo, porque estábamos aturdidos por la maravilla. No todo el mundo tiene un amigo que haya resucitado. A veces, en la tertulia del Henekey Inn, al caer la tarde, nos sentábamos los tres dentro de aquellos diminutos nichos de madera, tan parecidos a los confesionarios católicos, y, mientras bebíamos unas buenas cervezas amargas y rojas con unas gotas de aguardiente, Lázaro nos contaba su resurrección. Su muerte, torpemente causada por un camión que lo arrojó a la embarrada cuneta, no nos parecía importante. Muerto estaba, y eso es todo, cuando sus propios asesinos lo cubrieron con una lona sucia, no tanto para proteger el cadáver de la lluvia como para no ver la cabeza abierta.

La primera revelación de una nueva vida le llegó a Lázaro por el olor a mierda. Era—solía decir—un hecho inmenso, entontecedor, descubrir que la frontera del mundo se identifica por su esplendoroso olor a mierda, mierda fresca y añeja, mierda humana y pecuaria, mierda en altas torres, sublime mierda de albañal urbano, de cagadero público, de rincón campestre cubierto por el verdidorado fulgor de los insectos. La mierda hizo el milagro, y Lázaro, afrentado por el majestuoso aroma, no tuvo más remedio que abrir los ojos.

Era otro. Nadie pudo saber nunca el nombre que usó antes de morir. Médicos y abogados trataron infructuosamente de vencer su encantador olvido. Los policías registraron minuciosamente la pobre ropa que llevaba puesta cuando el camión le rompió la crisma e incluso le miraron la dentadura, los testículos y las marcas de nacimiento. Luego pusieron su retrato en Temple Place, frente al río, para que lo viesan los vagabundos que duermen allí sobre los bancos, envueltos en cartones, bajo la mirada ceñuda de la estatua de Stuart Mill. «Si alguien conoce a este hombre, que llame a la Policía Metropolitana», decía el cartel. Pero los vagabundos no lo conocían, ni maldito lo que les importaba.

Un psicólogo llegó a la conclusión de que Lázaro hablaba con un marcado acento alemán, en vista de lo cual se informó del asunto a las

Policías de todas las Alemanias, pero nada más se supo. Cuando salió del hospital, Lázaro no tenía dónde ir, así es que se hizo cargo de él la Seguridad Social y lo llevaron a una residencia para desplazados y marginados, cerca del mercado de la fruta, en Spitalsfield. Una «Benevolent Society» se ocupaba de enviarle una muda de vez en cuando con una gruesa mensajera que, además de la muda, le daba una libra y algunos consejos. Cuando Lázaro estaba desprevenido, aparecía un caballero misterioso que le mostraba periódicos alemanes y le hablaba estentóreamente en alemán. Pero a Lázaro no se le movía ni un nervio.

Por fin, se le comunicó por escrito que tenía un nombre nuevo. Nunca lo supimos, porque en la taberna era conocido como Lázaro y a nosotros nos gustaba. Era un filósofo, esa es la verdad. De pronto decía, por ejemplo, «es extremadamente torpe que NO ME OLVIDES sea una marca de preservativos», o «los ciegos ven con los ojos lo que yo veo con la espalda». Parece que lo estoy viendo cuando decía una de esas cosas, con el índice de la diestra en alto, pronunciando las palabras muy despacio.

Era un tipo bastante apuesto, de mediana estatura, muy delgado y nervudo, un poco calvo, moreno, de ojos castaños grandes, boca muy fina y ancha, barba cerrada. La cicatriz le partía el cráneo de oreja a oreja, como si le hubiesen dado un sablazo, pero, como casi nunca se quitaba la gorra, no producía mal efecto ni provocaba lástima. Bebía, eso sí. Nunca nos fue posible a ninguno entender por qué les parecía eso tan mal a los policías, a las señoras de la «Benevolent Society» y a los de la residencia para marginados.

Al cabo, Lázaro encontró un trabajo de guarda en un almacén de papel al sur del río, en Lambeth, y eso le permitió emanciparse. Dejó la residencia y trató de zafarse de sus benefactores alquilando un «bed-sitter» en Hunter Street, justo al lado de una tiendecita para maricones que se llamaba «The Word's Gay». A la puerta de esa tienda, por cierto, había siempre un enorme perrazo encadenado y Lázaro se empeñó en que aquel animalote podía distinguir a los homosexuales de los que no lo son tanto. Sólo dejaba entrar a los tibios.

Lázaro fue allí bastante feliz. Lo veíamos cada noche en la taberna, dueño de su esplendorosa nueva vida, y no nos dimos cuenta a tiempo de lo que aquello significaba. Ahora sí, cuando ya no tienen remedio las cosas. Porque Lázaro había roto el último de los cordones umbilicales que unen a un hombre con la esclavitud, que es la memoria. Dios sabe dónde, estaba un pasado con nombres y direcciones, acaso hijos creciendo hacia esa forma de revancha que es la vida, seguramente algunas mujeres crédulas, tiernas, chillonas; puede ser que un libro abierto, una camisa colgada, una cajetilla a medio fumar, una deuda impa-

gada, unos cuantos inútiles arrepentimientos, padres, abuelos, todo el tinglado biológico de chantajes y coartadas que los científicos llaman la herencia. Bueno, pues Lázaro había cortado el hilo.

Antes de venir al confesionario de la Henekey Inn compraba sus víveres: un trozo de queso amargo y blanco de Cheshire, una gruesa salchicha, redonda y grasienta como un epiplón; una naranja. A veces, una botella de vino barato, yugoslavo. Envolvía sus compras en una hoja del «Evening Standard», siempre del «Evening Standard», porque en su trabajo había una tipa que tenía el vicio de leer anuncios, y el «Standard» es, para eso, ideal. La mujer aquella leía sus anuncios como si se masturbase, decía Lázaro, y luego tiraba el periódico a un cajón de basura que había en el patio, siempre a la misma hora. De allí lo recogía pacientemente nuestro amigo para sus envoltorios. Cuando a mí me detuvieron una noche estando un poco borracho, Lázaro vino a verme en seguida y me trajo ocho o diez ejemplares viejos del «Standard» para que me entretuviese en el calabozo. El juez, poco después, me mandó a un hospital psiquiátrico porque entendió que yo era un alcohólico incurable y me llevé conmigo aquellos periódicos. Sólo me sacaron del hospital cuando descubrieron que, muchos años atrás, yo había sido profesor de Bioquímica en mi país. Pero habían pasado varios días y me dio tiempo a leer aquellos periódicos de cabo a rabo. Es una experiencia divertida, pero esa es otra historia.

A nuestro amigo «Shorthand» Mike—le llamábamos así porque había sido taquígrafo del Ejército durante la guerra, nunca supimos para qué—le gustaba más «The Sun», porque publicaba todos los días la foto de una chica desnuda con tetas muy gordas y muy para arriba, ya me entienden ustedes.

—Lo único que vale la pena en esta vida—decía «Shorthand»—es un par de buenas tetas.

Verán lo que nos pasó una vez. Nunca andábamos con mujeres, por unas cosas o por otras, hasta que apareció Melissa. Hablábamos poco de mujeres. La verdad es que nunca estábamos tan borrachos como para ignorar nuestro cansancio, porque no éramos, ni siquiera Lázaro, jóvenes, ni tampoco muy limpios, ni teníamos un maldito penique de sobra. Pero una noche fuimos a una taberna en una bocacalle de Bishopsgate, cerca de la estación de Liverpool Street, porque a «Shorthand» lo había llamado una prima suya que era prostituta en el barrio. La mujer era pequeña, delgadita, muy simpática, y nos invitó a beber hasta que el tabernero nos dijo que era la hora. La chica nos llevó a su piso, por allí cerca, y sacó dos botellas de ginebra que le había regalado un individuo. El caso es que salió la conversación de las tetas, y Rita nos enseñó las suyas, que no estaban mal, un poco blancuzcas, pero bastante